ejemplos, donde no se pueda disputar y aun negar que el patriotismo haya entrado por algo. Carlos V haría á España poderosa y temida por amor á la gloria, por amor á su dinastía, por ambición, y hasta, si se quiere, por cierto afecto que pudiera tener á los españoles, cuyo rey era; pero no por amor á su patria, que no era España. Felipe V sería todo lo bueno que se quiera suponer y haría mil primores; pero era francés, y por patriotismo nada pudo hacer en favor de España. *Nadie se ha atrevido todavía á llamar gran patriota á Pelayo*, dice el Sr. De Liniers, y tiene razón. Pelayo no podía ser patriota. Lo primero que se necesita para ser patriota es tener patria, y Pelayo no la tenía. Puede suponerse que la fundó, como Rómulo á Roma, Dido á Cartago ó el Conde D. Enrique á Portugal. Pero éstos no se llaman patriotas, como no se llama amante de una mujer al que es su padre. Trasládese el Sr. De Liniers á la época de D. Pelayo, y piense en el patriotismo posible entonces. ¿Qué patria amaba D. Pelayo? ¿Era España antes de él más que una expresión geográfica? ¿Qué patria quería restaurar? ¿La España sometida al imperio romano; la España dividida en colonias griegas, cartaginesas y fenicias, y repúblicas de gente indígena, enemigas entre sí; la España dominada por diversas razas del Norte que humillaban á los hispano-latinos y con el litoral de Oriente sujeto al imperio de Bizancio, ó la España de los últimos tiempos de la monarquía visigoda, tan poco convencida de su nacionalidad autonómica, que bastaron seis ó siete mil alárabes para que acabasen con ella, antes de que llegase el famoso y proverbial moro Muza? D. Pelayo, si, como el nombre lo indica, era más latino que godo, se movería á sus hazañas por amor á los de su casta y religión, lo cual, si es patriotismo, es patriotismo harto confuso y vago; si era de la nobleza visigoda, el sentimiento de su dignidad, la ambición y el amor de la gloria pudieron entrar por mucho en su propósito; pero llamar patriotismo al sentimiento que le impulsó, es algo impropio aún, dentro del sentido de la estricta realidad histórica. Esto no obsta para que nosotros, vistas las cosas de cierto modo poético y legendario, prestemos á D. Pelayo las ideas y sentimientos de hoy, y le hagamos amar la patria como si ya hubiese existido, como si no estuviese aún entre los futuros contingentes, haciéndole decir con Quintana:

> ¿No hay patria, Veremundo? ¿No la tiene
> Todo *buen español* dentro del pecho?

En suma, para no involucrar las cuestiones, yo creo que por patriotismo ó amor de la patria debe entenderse el amor de un ciudadano por la República, Estado ó Reino á que pertenece; amor que tal vez le lleva hasta sacrificarse. Así, pues, si Carlos V ó Felipe V no pueden llamarse patriotas sin que se ría la gente de oirlo, bien pueden llamarse, y se llaman, patriotas los numantinos y los saguntinos que murieron por Numancia y Sagunto, patria de ellos, y los trescientos de las Termópilas que murieron por Esparta, y los Decios, que por

Roma se votaban á los dioses infernales y se lanzaban á morir en lo más recio de la pelea, y aquellos magnates cartagineses ó aquellos Emperadores aztecas que por Cartago ó por Méjico se hacían sacrificar á los ídolos á fin de tenerlos propicios.

Para que haya patriotismo es menester que haya patria; que el que le siente forme parte de la ciudad, se reconozca individuo de la asociación política y la ame. El patriotismo es, pues, una virtud ó un sentimiento de los libres y no de los siervos ó esclavos. Por eso apenas hay patriotismo en los siglos medios entre la plebe. Un puñado de normandos conquista á Inglaterra; otro puñado de moros conquista á España. Un aventurero, audaz y robusto, basta, á veces, á poner en fuga, apalear ó matar enjambres de villanos, fundando imperios ó reinos y haciendo posibles los portentos de los libros de caballerías. En cambio, medio millón de franceses, impulsados por uno de los mayores genios militares de que habla la historia, vinieron á España en este siglo y mordieron el polvo antes de poner el yugo á un pueblo capaz ya de ser patriota.

El patriotismo no sólo implica libertad, sino también, por muy extraño que parezca, cierta cultura. En lo antiguo, cuando la patria se limitaba por los muros de la ciudad, como en Atenas, Roma y Esparta, no necesitaba el ciudadano saber mucha geografía; pero en la edad moderna, mientras no se forman grandes nacionalidades y son del pueblo conocidas, ¿cómo ha de ser el pueblo patriota si ignora qué es la patria? Todavía dudo

yo mucho de que el montañés de Calabria se crea muy compatriota del gondolero veneciano y se considere ligado á él por los lazos de una misma nación y Estado, que llaman Italia. En tiempos de Felipe II, dudo igualmente de que un catalán ó un gallego, como no fuese hidalgo ó letrado, entendiese que España era patria común de todos y se juzgase conciudadano del andaluz ó del extremeño. Los que hacían entonces las grandes proezas eran pocos: los demás vegetaban sin patriotismo y sin virtud política. Y los pocos que hacían las grandes proezas, bien puede disputarse, sí estaban muy seguros de que las hacían por amor de la patria ó para servir al Rey y á la religión, ganar honra y provecho, y medrar, garbear y buscar lances y aventuras. En la plebe apenas había patriotismo; apenas había, no diré amor, sino conciencia de la patria, á no entenderse por patria el lugar ó comarca donde se ha nacido, y no todo el cuerpo de la República, unida sólo por el lazo personal del Monarca, que era Rey de Castilla, de León, de Córdoba, de Murcia y demás retahila.

Otra prueba de que el patriotismo era, hasta hace poco, sentimiento aristocrático y no divulgado, es la facilidad y escaso miramiento con que se incorporaban ó segregaban Estados para dotes de Princesas ó heredades de Príncipes, sin que ninguna idea de nacionalidad lo cohonestase, ni por medio del sufragio universal, aunque sea falsedad hipócrita, tratase nadie de justificarlo y legalizarlo. ¿Qué patriotismo singular y zamorano quiere, por ejemplo, el Sr. De Liniers que nazca en los de Za-

mora, no bien D. Fernando I deja aquella ciudad como señorío á una de sus hijas? ¿Qué patriotismo habían de tener los de Nassau ó los de Hesse-Cassel? Pues no digo nada de los de Homburgo, que ha sido un Estado, que ha sido una patria hasta 1866.

Aunque una nación sea grande y tenga historia gloriosa, la ignorancia y la servidumbre hacen que el pueblo olvide dicha historia y pierda el patriotismo. Si alguien le conserva es la clase privilegiada, la aristocracia, compuesta de los únicos que merecen llamarse ciudadanos. Ejemplo maravilloso de esto fué el imperio griego al caer en poder de los turcos. Más de doscientos cincuenta mil hombres mandaba el Sultán. Nadie sostenía al último Paleólogo sino cuatro mil guerreros selectos y fieles, de sus más allegados, y otros tantos mercenarios y extranjeros, que le abandonaron al fin; pero entonces el Emperador de Bizancio sintió que representaba á la vez la gloria y la grandeza de griegos y de romanos, y peleó y murió con los suyos, como los trescientos de las Termópilas y como los Decios de Roma. Pocas catástrofes registra la historia más trágicamente sublimes que la toma de Constantinopla y la caída del con harta frecuencia llamado Bajo Imperio; pero esto no se debió, por cierto, al patriotismo del vulgo.

El patriotismo divulgado es propio de nuestra edad, en que hay más ilustración, más libertad y más conciencia en el pueblo de la dignidad humana y del sér colectivo de la sociedad política. Si se habla, pues, tanto de patriotismo, es porque

le hay y no para encubrir que no le hay. Casi estoy por afirmar, lamentándolo, que en España tenemos plétora de patriotismo. Demos de barato que los españoles son, por lo común, más amigos de echarse á la vida airada que de trabajar en paz en sus casas; pero todavía se me concederá que por algo debe de haber entrado el deseo del engrandecimiento de la patria y de establecer en ella el gobierno que más le conviene ó de libertarla de la tiranía, en la gloriosa guerra de la Independencia; en las dos guerras civiles, que han durado once años, y en las guerras de Méjico, de Marruecos, de Santo Domingo y del Pacífico, en que nos hemos arruinado y en que tal vez ha muerto de muerte violenta medio millón de españoles. ¿Cree además el Sr. De Liniers, que no sólo los que han muerto peleando, sino los que murieron en el patíbulo ó fusilados por causas políticas, eran todos unos tunos y dieron ó expusieron la vida por garbear ó medrar? Sólo bajo el poder de Fernando VII, *el Deseado*, fueron á la horca ó murieron retorcido el pescuezo por el garrote ó fusilados por razones políticas unos seis mil de nuestros conciudadanos. Si añadimos los deportados, los expatriados, los enviados á presidio, los muertos de miseria y los suicidados de rabia y desesperación en los calabozos, la cifra sube á muchos miles. ¿Cómo suponer que tanta víctima se aventuró y expuso con el único intento de ver si lograba formar parte del *grupo exiguo?* Convénzase el señor De Liniers: mucho de patriotismo, extraviado si se quiere, debe de haber habido en todo esto.

Después de caer sobre el patriotismo, cae el azote satírico del Sr. De Liniers sobre la *opinión pública*, que no es, según él, la opinión de *todo el mundo*, sino la opinión del *grupo exiguo;* esto es, lo que conviene á unos cuantos tunantes. Contra esta burla hay los mismos argumentos ya expuestos. Si no hay otra opinión que la de unos cuantos pícaros periodistas, ¿por qué los hombres de bien no fundan también periódicos y llevan la opinión pública por mejores caminos? ¿Los pícaros periodistas podrían, además, sostener sus periódicos sin suscriptores? Luego no son los periodistas, sino los suscriptores también, los que concurren á crear la opinión pública. De donde se deduce que, en España y en el día, la opinión pública la forman, como en cualquiera otro país y en cualquiera otra época, los que más valen y saben; los que opinan algo.

Por desgracia, esta opinión pública no suele mostrarse como debiera, ni en las urnas electorales ni por otros medios que hay dentro de la legalidad. De esto tampoco tiene la culpa el *grupo exiguo.* Los españoles nos hallamos tan mal de todo, que no hay Gobierno de que no murmuremos, después de votarle los diputados que pide.

La murmuración y el clamoreo inerme van subiendo de punto mientras más dura un Gobierno, ó dígase *situación.* Todos acuden á los militares, única fuerza organizada y activa, para que liberten á la patria de aquella plaga, para que la saquen del cautiverio. Ora los lisonjean, ora los insultan, diciéndoles que merecen enaguas en vez de uniforme y rueca en vez de espada, porque no se pronuncian, y ora las damas más elegantes y bonitas los enternecen, conmueven y entusiasman, para que nos salven de la anarquía, de la irreligión y de otra multitud de calamidades. Yo, digo la verdad, hallo pavorosa y vitanda toda revolución violenta, y detesto, sobre todo, un motín de soldados; pero si no disculpo, explico y atenúo bastante la falta de los generales que con tanta frecuencia suelen pronunciarse en España. No el *grupo exiguo*, sino media nación ó más los empuja siempre á que *la armen*, salvo el decir á poco que son genízaros ó pretorianos. Sin duda que la ambición y el deseo de hacer gran papel pueden inducir á los generales á que se pronuncien; pero ¿cómo negar, en vista de tantas excitaciones, que no pocos de estos adalides lleguen á creer de buena fe que Dios suscita en ellos redentores y salvadores, como aquellos jueces de Israel que suscitaba Dios para salvar á su pueblo del yugo de los amorreos ó de los filisteos?

Cuanto dice el Sr. De Liniers contra los motines ó pronunciamientos militares es chistoso, y lo sería más si el asunto no fuese tan grave; pero el chiste y la sátira están fundados en algo sofístico y propenden á probar una cosa evidentemente falsa: que un *grupo exiguo* se pronuncia ó despronuncia de continuo, perturbándolo todo. No es así. Cómplices é instigadores de todo pronunciamiento son siempre gran multitud de paisanos. Todavía no ha triunfado un solo motín militar que no haya tenido á su lado, empujándole, á un

partido político, á mucha parte de la nación, á lo que, en realidad, y no en sentido irónico, puede llamarse opinión pública en cualquier país.

Otro capítulo consagra el Sr. De Liniers á los *hombres serios*. El resultado final de todos sus estudios sobre este punto es que, para ser *hombre serio* en España, se requiere una *dosis infinitesimal de vergüenza y amor propio y orgullo á discreción*. Esto, para hacer gracia, confesamos que excede ya los límites de lo cómico. Y si esto es la ruda enunciación de una verdad, tendremos que repetir con otras palabras lo mismo que ya hemos expuesto. Si en España, para pasar por *hombre serio*, basta con ser presumido, soberbio y desvergonzado, esto es, un detestable pillo, ¿qué serán en España los hombres jocosos ó burlescos? Serán unos idiotas, y todo el conjunto de la nación no podrá menos de ser una estúpida canalla. Sin embargo, el Sr. De Liniers no se contenta con pintarnos en caricatura tan cruel al *hombre serio*. Va más allá. Nos describe también los *grandes caracteres*, que salen no más lisonjeados.

Su libro consta de tres partes. Como es didáctico-irónico, enseña al hombre lo que debe saber para vivir correctamente en la patria, en la sociedad y en la familia. De la sátira política á que da lugar este método, ya hemos dicho lo más esencial. La sátira contra las costumbres no es menos agria y dura.

De este modo hiperbólico y violento de escribir se originan varios males.

Mal para el autor: Que siendo un mozo de talento, agudo, buen observador y gracioso, hace un libro menos divertido y ameno de lo que hubiera podido ser; pues al cabo lo cómico está en las debilidades y miserias que no traspasan ciertos límites, y que no llegan á una perversidad consumada, la cual no hace reir ni divierte á nadie.

Males para la sociedad: Que este afán de pintar sus vicios, atribuyéndolos todos á un *grupo exiguo*, no corrige ni mejora á nadie, antes empeora y pervierte, estimulando el odio, la envidia y otras malas pasiones contra los pocos que, si no han sido más capaces, han sido por lo menos más felices; y que, al leer libro semejante, alguien que no acepte el sofisma de que todos son buenos menos un puñado de hombres que tienen embaucados y supeditados á los demás, formará de la pobre España, que está muy mal sin duda, el concepto más bajo y humillante que puede imaginarse.

Jamás he leído nada con mayor disgusto y enojo que una colección de artículos que publicó contra España la *Gaceta de Augsburgo*, estando yo en Alemania. De ellos resultaba que nuestros generales eran unos ambiciosos, ignorantes y sin conciencia; nuestros oradores unos charlatanes que deslíen un átomo de idea en un piélago turbio y revuelto de palabras huecas y resonantes; nuestros hombres de Estado unos presumidos que no quieren más que medrar y mantenerse en el poder ó tomarle por cualquier medio bueno ó malo, etc., etc. En resolución, los artículos de la

Gaceta de Augsburgo eran como compendio profético del libro del Sr. De Liniers. Mi enojo, no obstante, tuvo que disiparse cuando noté que el cachazudo alemán, autor del artículo, nada decía sin autoridad y texto.

Había tomado todas las invectivas de los periódicos de cada partido contra los prohombres de los partidos contrarios, y así había hecho su obra tiznando lastimosamente á *todo el mundo* verdadero; porque, desengáñese el Sr. De Liniers, es mucha sutileza metafísica para creída por nadie eso de que haya un *grupo exiguo* de galopines, que, á ciencia y paciencia de *todo el mundo*, se atribuya la influencia, el valer y el poder que á *todo el mundo* pertenece.

El libro del Sr. De Liniers puede producir muchos efectos contrarios á los que el Sr. De Liniers se propone. Pondré aquí algunos.

La empleomanía es un mal gravísimo, nacido de nuestra pobreza, de la abundancia de clase media sin oficio ni beneficio, y hasta de los enormes tributos que agobian á la nación, pues muchos de los contribuyentes que dan al Estado la mitad ó más de la mitad del producto líquido de su capital y trabajo, nada hallan más natural que desear que algo de eso que dan vuelva, cuando no á ellos, á sus hijos, sobrinos ó ahijados, bajo la forma de sueldo ó de otros provechos oficiales. Contra el deseo de sueldo milita aún el pudor de desempeñar mal un puesto por falta de capacidad ó de estudios, y contra el deseo de provechos el temor de ser castigado ó infamado al menos; pero

si se afirma y se repite que los que desempeñan los puestos son ignorantes y tontos, y que tienen vergüenza infinitesimal, y que á mansalva se puede hacer lo que se quiera, el pudor y el temor de que hemos hablado acabarán por extinguirse. No habrá nadie que no se juzgue capaz y digno de ser empleado. El reló de la oficina ganará el sueldo por él. La administración bien montada es una máquina que casi anda sola.

Por último, el libro del Sr. De Liniers, ó lo que hay en él de más substancial, puede llegar á las clases ínfimas, á lo que llaman cuarto estado. ¿Qué sentimiento moralizador producirá en los individuos de ese cuarto estado el creer que hay un *grupo exiguo* de tunantes que explota el país, le chupa el jugo, y vive rico y colmado de honores á expensas de todos? Lo primero que hará el vulgo será ensanchar el *grupo exiguo* por un procedimiento dialéctico bastante justificado. Toda esta gente nueva, dirá, que se ha elevado por la política reciente, y va en coche, y se llama Peñón-Tajado y Casa-Francisco ó Casa-Diego, ¿por qué ha de ser distinta de lo que fueron en su origen los señores antiguos? La única diferencia, añadirá, consiste en que éstos han hecho para sí lo que para los otros hicieron los padres, abuelos ó tatarabuelos. Regla general, pues: toda riqueza, toda distinción, heredada ó conquistada, ha sido mal adquirida y con poco trabajo. Dada la regla general, la consecuencia es evidente: la cocinera te sisará con menos escrúpulo de conciencia; el administrador de tus bienes, que sabe el diablo

cómo los adquiriste ó los adquirió tu padre, tratará de dejarte pobre y de enriquecerse él; tu cochero, en vista de que tu coche y tus caballos son, como afirma el Sr. De Liniers, un *milagro de química administrativa* que se obra en el secreto de la vida privada, tratará también de ser milagrero y te matará los caballos de hambre; el jornalero que lleves á cavar á tu hacienda, calculará que tú en la secretaría te ganas ó te ganaste el dinero charlando y fumando y mano sobre mano, y querrá imitarte y ganar del mismo modo su jornal; y algunos, más alentados y briosos, soltarán el azadón y tomarán el trabuco y se echarán al camino, diciendo el antiguo refrán de *quien roba al ladrón tiene cien años de perdón.*

Para mí es de toda evidencia que este modo de explicar el malestar social y político que nos aqueja, atribuyéndole á la perversión moral de los que más se distinguen, tiene las contras ya referidas: obliga y mueve al entendimiento discursivo á creer que esa perversión moral se extiende sobre todo el cuerpo de la república, como lepra asquerosa, y contribuye en realidad á que dicha lepra se extienda, en vez de curarla.

Creo, por último, que el malestar puede y debe explicarse de otra suerte: tiene causas más hondas. Hasta la misma perversión moral, si la hubiese y fuese tan horrible como de la lectura del libro del Sr. De Liniers puede conjeturarse, sería un síntoma de la enfermedad, y no la enfermedad misma, y menos sus causas.

Las causas están patentes y bastan á explicarlo

todo. Nuestro atraso en la cultura material es harto grande aún para que no podamos vivir sino á duras penas como las demás naciones cultas de Europa, y, sin embargo, sentimos la necesidad de vivir como ellas.

Y el contacto de la moderna civilización ha ingertado en la nuestra, castiza y propia, pero atrasada y enteca en su desarrollo, tal fermento de doctrinas nuevas, de utopias audaces y de ciencia de última moda, que no es de maravillar la agitación y desasosiego de todo el sér de esta nación desventurada. El pensamiento antiguo, casi ciego y olvidado de sí mismo, lucha por un lado; la idea nueva por otro. ¡Cuánto no tienen que afanar y sudar, acaso en balde, los que procuran la paz, la transacción y el equilibrio!

Añádanse á esto algunas faltas nacidas de nuestra condición natural de españoles, y algunos extravíos que surgen fatalmente de las entrañas de nuestra historia, y se explicará todo.

No bien sentimos alivio en nuestra miseria, no bien tenemos algunos apurillos menos, ya queremos meternos en todo: carecemos de paciencia para aguardar mejor época; nos acordamos de Otumba, Lepanto y Pavía, y nos lanzamos en empresas locas.

Dentro tampoco atinamos á vivir tranquilos. Con terquedad heróica y ruidosa sostenemos por las armas nuestras ideas, y las guerras civiles duran años.

Nuestras invectivas son feroces y provocan á odio y rebelión; pero nuestras alabanzas son tan

pomposas, estupendas y exageradas, que, por espíritu de contradicción, provocan á la invectiva.

Lo confieso con franqueza. Yo gusté más que nadie de la revolución de 1868; pero cuando oía decir que la Europa nos contemplaba pasmada y en éxtasis, que nuestra elocuencia y nuestra sabiduría tenían asombrado al mundo, y que no había más que desear que aquello, me daban ganas de hacerme reaccionario; así como ahora, cuando oigo decir á algún Ministro ó á algún ministerial que debemos eterna gratitud á este Gobierno porque ha traído el orden y la paz y otros mil bienes y gustos, y pienso en que no se pagan los treses y en que pagamos la mitad ó más de lo que producen nuestros áridos terrenos, y en que todo está tan mal como siempre, cuando no peor, no sé lo que me daría gana de ser si no fuera porque acudo al razonamiento, calmante y más que sabido, de la viejezuela de Siracusa. Sea como sea, no infiero nunca lo que infiere el Sr. De Liniers, á pesar de su claro ingenio, del cual, por otra parte, da mil pruebas en su bien escrito y entretenido libro. Lo que yo infiero es que somos más infelices y disparatados que perversos. La esperanza, con todo, es lo último que se pierde. Á veces imagino que nuestros males, aunque profundos, no son difíciles de curar. Tal vez se curen con diez ó doce años de paz interior y exterior, sin pronunciamientos ni guerras civiles, y con un Gobierno menos que mediano. Pero ¿será posible esa paz? ¿Será posible y viable ese Gobierno menos que mediano? Lo dudo.

Lo que sin duda alguna repito es que no se remedian los males de la patria infamando en masa á cuantos por suerte ó por mayor capacidad toca dirigir sus negocios. Los malos repúblicos no se corrigen con sátiras como las del Sr. De Liniers; antes se ríen y aun se aprovechan de todo. Nadie es tan aficionado á contar escándalos y á hablar de los *chanchullos* de los otros como aquéllos que tienen fama de haber *chanchulleado*. Lo que ansían es que se afirme la creencia de que todos hacen lo mismo. El Sr. De Liniers trabaja, pues, sin querer en favor de ellos. Los personajes políticos del género que describe el Sr. De Liniers se parecen en este punto á las mujeres galantes, las cuales no gustan sino de tiznar á las demás mujeres y hacerlas pasar por unas perdidas.

Recuerdo que cuando se divulgó hace años cierto soneto de un amigo mío, titulado *Los belenes*, precisamente entre las mujeres galantes fué donde el soneto alcanzó más favor y aplauso. Todas pedían con ansia el soneto, y le leían con fruición. Había en el soneto diez ó doce nombres propios citados; pero esto nada importaba. Cuando el nombre de alguna de las que pedía el soneto figuraba en él, se borraba y se ponía en lugar suyo el nombre de otra, á fin de que ella le leyese sin darse por aludida.

Ni á este recurso hay que apelar con el libro del Sr. De Liniers, que no cita nombre alguno. Nadie se tomará la molestia de darse por aludido, y los ambiciosos, necios y tunantes hallarán consolación y deleite con la lectura de un libro que trata

de probar que cuanto aquí sobresale, se distingue y adquiere poder é influencia, es de la misma condición desaforada é indigna.

No es posible que la *caquistocracia* se entronice y dure cuarenta años en una nación libre, á no suponer lo contrario de lo que supone el Sr. De Liniers: que el *grupo exiguo* consta de santos y discretos, arrinconados y oprimidos por una inmensa mayoría de malvados y de tontos.

DE LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA (1).

I.

Aunque sea repetir lo que nadie ignora, lo que á todos nos aflige y lo que yo mismo he repetido mil veces, estamos atrasados; y si bien, á pesar de tantos trastornos y luchas, vamos saliendo del atraso, es muy lento el adelantar, comparado al de otras naciones, y tiene además mucho de extraño en el impulso.

En la civilización europea hay un no sé qué de inexpugnable, de resistente y de inmortal. Esto me tranquiliza; esto me hace comprender que no es posible que España se hunda, y que sus ciudades vengan á ser como Palmira, Nínive y Babilonia.

(1) Con ocasión del tomo de la Biblioteca de Autores Españoles, titulado: *Obras escogidas de filósofos*, con un discurso preliminar del Excmo. é Ilmo. Sr. D. Adolfo de Castro, individuo correspondiente de las Academias Española y de la Historia: Madrid, M. Rivadeneyra, 1873. Se publicó este artículo en diciembre de dicho año en la *Revista de España*.